

HOMBRE QUE CAE CANTANDO

A Francisco Alemán, que ya llegó.

ABANDONA el solitario la mesa cubierta de libros, se distancia de los muchos folios de letra menuda, tinta negra, tachaduras avaras, escritura rampante por los márgenes. Deja la sede vacante en su halo de luz eléctrica y se pierde a tientas, como siempre lo hace, por el largo corredor.

Como siempre lo hace, entra a oscuras en el desmedido cuarto de baño de losas blancas y negras, tantea la pared desconchada hasta encontrar la tibia suavidad del interruptor de porcelana. Da, como siempre, media vuelta a la llave de color hueso y, luego de un breve parpadeo de luz y sombra, baja del alto techo una claridad amarilla que medio alumbra lo sabido: la bañera de hierro cuyo fondo surcan estrías de óxido, el calentador de cobre con su serpentín perennemente caldeado por la llamita azul del gas, los imponente grifos del lavabo que destilan su gota rítmica, el retrete de tapa mal ajustada, el armarito que guarda el algodón hidrófilo, la piedra pómez, las cánulas del irrigador y los artilugios del afeitado.

Mientras se enjuaga las manos, contempla sin afición su rostro en el espejo ovalado, sin azogue a trechos, con máculas que asemejan moscardas presas bajo el cristal.

El cuarto de baño tiene una gran ventana de vidrios de esmeril que se abre a un patio del que llega la copla rabanera de una criada que escurre y tiende ropa en el alambre.

De vuelta ya por el pasillo umbrío oye el hombre la hora campanuda



en el reloj del recibidor. Cae en la cuenta de que necesita papel y tinta, y se sobresalta; tiene que apresurarse si quiere encontrar abierta la papelería de abajo. Se encamina al dormitorio mientras se peina con la mano entreabierta y coge, de la cama dorada que protege el Sagrado Corazón, y en la que murieron primero sus padres y luego su única hermana, una gabardina de indeciso color. Mira qué dinero lleva en el bolsillo trasero, sale al descansillo, aprieta el botón negro y espera la llegada del ascensor, que se anuncia con sordo ruido de motor y trepidaciones.

Abre la puerta de hierro, luego la acristalada del camarín, cierra una y otra con presura, y comprueba inquieto la hora en su muñeca: si han cerrado ya, tendrá que esperar hasta el lunes.

Cuando, por instinto, se dispone a salir del ascensor advierte con sorpresa que prosigue la marcha. Le asusta el súbito apagón que le baña en tinieblas. Hace rato que debería haber llegado al bajo, y sin embargo, el artificio prolonga el descendimiento. El botón de parada, pulsado con inquietud que se hace desaliento, no frena la incesante bajada. Abre el hombre los ojos con la desmesura que nace del espanto y siente un galopar vertiginoso en las sienas; sus miembros se adelgazan por un súbito frío que se instala duro en el pecho. El ascensor sigue bajando, acompañado de su opaco vibrar.

Transcurre todavía un tiempo, que el hombre no sabe si breve o interminable, antes de que amanezca una leve claridad imprevista que tiene poco que ver con las iluminaciones eléctricas. Mira el reloj: hace veinte minutos que debe haber cerrado la papelería. Cuenta hasta cien y luego hasta mil. Sin saber por qué, saca a examen el contenido de sus bolsillos: un billete de veinticinco pesetas, un pañuelo apergaminado, la llave del ropero.

Ese alba en lo subterráneo deja ver, en el descenso imperturbado, decoraciones que suspenden el ánimo: murallas de estratos azufrosos y cárdenos, cortinas de légamo en las que se enredan trozos de estatuas, geometrías roquizas que simulan rostros, jirones de lienzos húmedos movidos con aspereza por un viento helado, urbanismo de sombras y ningún signo de vida.

Mira el hombre las venas de sus manos, como tallos sobre pámpanos secos; levanta los ojos sin lágrimas y empieza a cantar una tonada ronca que nadie oye.

